

EL BIOENSAYO: UNA MIRADA HACIA ADENTRO

DUVÁN RIVERA ARCILA*

Recibido: 21 de abril de 2010
Aprobado: 23 de julio de 2010

RESUMEN

En el presente artículo se abordará el tema del bioensayo, tanto histórica como vivencialmente, como una vía de exploración y de conocimiento en el vasto e intrincado territorio de los enteógenos. Además, se verá cómo es posible establecer un puente entre éste y la filosofía, específicamente la fenomenología, dada la peculiar naturaleza del tipo de sustancias aquí implicadas. Así, se abre una ventana desde la cual como ojos incorpóreos podremos echar una mirada hacia adentro. Para aventurar, finalmente, el bioensayo fenomenológico¹ como propuesta metodológica en el campo de las plantas sagradas.

Palabras clave: bioensayo, fenomenología, enteógenos, conocimiento, método.

BIOESSAY: A LOOK INSIDE

ABSTRACT

This article approaches the topic of the bioessay, both from the historical and the experiential viewpoints, as a way for exploration and knowledge in the vast and intricate field of entheogens. Also it will be shown how it is possible to establish a bridge between them and philosophy, specifically the phenomenology, given the peculiar nature of this type of substances. Thus, a window is open from which, as incorporeal eyes, we can take a look inside.

* Profesional en Filosofía y Letras. Estudiante Maestría Culturas y Droga I Cohorte. Universidad de Caldas, Colombia. Correo electrónico: duvriar@hotmail.com.

¹ Mi trabajo de grado para la maestría se sustentó sobre esta propuesta metodológica.

Finally, put forward, the phenomenological bioessay as a methodological proposal in the field of sacred plants.

Key words: bioessay, phenomenology, entheogens, knowledge, method.

UN 'EXTRAÑO PRESENTIMIENTO'

El viernes pasado, 16 de abril de 1943, tuve que interrumpir a media tarde mi trabajo en el laboratorio y marcharme a casa, pues me asaltó una extraña intranquilidad acompañada de una ligera sensación de mareo. En casa me acosté y caí en un estado de *embriaguez* no desagradable, que se caracterizó por una fantasía sumamente animada. En un estado de semipenumbra y con los ojos cerrados (la luz del día me resultaba desagradablemente chillona) me penetraban sin cesar unas imágenes fantásticas de una plasticidad extraordinaria y con un juego de colores intenso, caleidoscópico. Unas dos horas después este estado desapareció (Hofmann, 1997: 29-30) (La cursiva es mía).

Cinco años atrás, cuando el sol se cierne sobre nuestras cabezas y somos uno con nuestra sombra, se iluminó algo en el espíritu de Albert Hofmann, llegando a él la idea de sintetizar un compuesto análogo a la «coramina».² Y fue nuevamente a la luz del sol de mediodía que tuvo un “extraño presentimiento”, una “corazonada”, de que la LSD-25 podría tener “otras cualidades que las comprobadas en la primera investigación” (Hofmann, 1997: 29); además, le “gustaba la estructura química de la sustancia” (MAPS, 1996: 46-52). Tan fuerte era la corazonada, que Hofmann hizo caso omiso de los procedimientos regulares, en los que una vez descartado un compuesto, éste no volvía a producirse, como lo hizo él aquel viernes 16 de abril, dándose lugar a la embriaguez descrita.

De una u otra forma, el compuesto sintetizado aquella tarde había entrado en contacto con él, y abrió en su interior una ventana: la ventana caleidoscópica del espíritu. Sin embargo, esto era sólo una sospecha, puesto que, si en realidad la causa del estado

² La coramina es un analéptico; es decir, un estimulante para la circulación y la respiración. La coramina es la dietilamida del ácido nicotínico. El compuesto análogo que Hofmann esperaba tuviera efectos similares fue la dietilamida del ácido lisérgico; razón por la cual esperaba efectos parecidos al ser su estructura química similar. No obstante, no fue así y al ser evaluada farmacológicamente la dietilamida del ácido lisérgico (LSD), rápidamente fue descartada y olvidada.

de embriaguez era dicho compuesto, entonces debía de tratarse de uno sumamente activo, ya que el contacto, dadas las condiciones sumamente pulcras a las que estaba acostumbrado a trabajar en el laboratorio, y en especial con los alcaloides del cornezuelo de centeno (debido a su toxicidad), tuvo que haber sido mínimo.

La sospecha debía ser resuelta. ¿Cómo? Por la vía del autoensayo. Ésta fue la decisión que tomó Albert Hofmann. La única vía éticamente aceptable en el caso de fármacos visionarios, nos dice Jonathan Ott.³ Aunque en aquel específico momento, el químico suizo no tenía idea de las propiedades visionarias contenidas en la LSD, su hijo problemático.⁴

Con el bioensayo, Hofmann saldría de toda duda. No sin antes experimentar una completa distorsión de la realidad en un torbellino de sensaciones que lo elevaría más allá de sí para luego llevarlo hasta dimensiones subterráneas, lo suficientemente profundas como para sentir que iba a morir, una vez que su voluntad había sido aniquilada por completo, siendo consciente de ello. Luego resurgiría y navegaría en medio del mar de sensaciones en el que sus límites se desvanecen, mezclándose todas entre sí. Al día siguiente era como si hubiera vuelto a nacer. “El mundo parecía recién creado” (Hofmann, 1997: 35).

Esto tuvo lugar a mediados del siglo XX, una época en la que la cultura occidental se revestía con el manto más opaco de su espíritu. Guerras, destrucción, devastación, eran el reflejo de un espíritu escindido de la vida. La crisis de la cultura europea estaba tocando fondo. El Espíritu parecía ser aplastado bajo el incólume peso de un acérrimo materialismo. Sin embargo, su luz seguía dejando huellas indelebles en el espíritu de hombres singulares. Uno de ellos había sido Albert Hofmann, quien en

³ Esto lo dice, específicamente, con relación a la «técnica Heffter», nombre que recibió el proceso de bioensayo, por medio del cual el químico alemán Arthur Heffter, pudo aislar el principio activo del cactus mexicano *peyotl* (Ott, 1998: 122). Además, “sería poco ético intentar convencer a alguien de que ingiriera algo que uno mismo no deseaba tomar, algo que uno mismo aún no hubiese ingerido. En definitiva, para llevar a término este tipo de investigación uno debe desear ser un psiconauta, utilizarse a sí mismo como sujeto principal de investigación, para experimentar después con otros seres humanos voluntarios una vez se hayan establecido las precauciones básicas y la dosificación adecuada” (Ott, 1996: 257).

⁴ Así es como lo llamaría en el libro en que narra su aventura con él. El nombre en alemán es LSD: *Mein Sorgenkind. Sorgenkind*, es como aquel hijo con el que los padres tienen muchos problemas y cuidados (Océano. *Langenscheidt. Diccionario Didáctico Alemán*: 910). Esto dice Hofmann sobre su hijo problemático: “La aplicación equivocada y abusiva han convertido para mí el LSD en el hijo de mis desvelos. (...) Creo que si se lograra aprovechar mejor, en la práctica médica y en conexión con la meditación, la capacidad del LSD para provocar, en condiciones adecuadas, experiencias visionarias, podría transformarse de niño terrible en niño prodigio” (Hofmann, 1997:12-13).

su niñez había tenido experiencias reveladoras de una “realidad oculta a la mirada cotidiana, insondable y llena de vida” (Hofmann, 1997:10), las cuales determinaron su concepto del mundo.

Paseaba yo por el bosque reverdecido, y el sol de la mañana se filtraba por entre las copas de los árboles. Los pájaros llenaban el aire con sus cantos. De pronto, todo se apareció en *una luz desacostumbradamente clara*. ¿Era que jamás había mirado bien, y estaba viendo sólo ahora el bosque primaveral tal como era en realidad? El paisaje resplandecía con una belleza que llegaba al alma de un modo muy particular, elocuente, como si quisiera incluirme en su hermosura. Atravesóme una indescriptible sensación de felicidad, pertenencia y dichosa seguridad (Hofmann, 1997: 9-10) (La cursiva es mía).

Así de simple, así de bello, en un día cualquiera la belleza de lo simple y lo simple de la belleza tocó su corazón y pudo *ver* el mundo bajo “una luz desacostumbradamente clara.” El recuerdo en su memoria quedó grabado. Como huella indeleble, el Espíritu marcó, en el silencio de la belleza, a esta joven alma. Que un día, siguiendo su corazón, descubriría la dietilamida del ácido lisérgico. El compuesto número veinticinco de entre otros que había ya producido en su investigación del cornezuelo de centeno. Estudio que había emprendido en los laboratorios Sandoz, la empresa farmacéutica en la que había decidió trabajar, a raíz de que en ella se llevaban investigaciones sobre los principios activos de plantas medicinales. Y él, Albert Hofmann, “quería obtener una comprensión de la estructura y la naturaleza de la materia” (Hofmann, 1997: 11), razón por la cual había estudiado química y se había vinculado a dicho laboratorio.

Su corazonada lo había llevado a una comprensión más allá y más acá de la estructura y la naturaleza de la materia. A la “*vivencia del entrelazamiento indisoluble de lo físico y lo psíquico*” (Hofmann, 1997: 201. La cursiva es mía). Esto equivale a descubrir el infinito en todo. Pero, ¿qué es el infinito en todo?...

Hofmann encontró la llave mágica, con la cual abrió no sólo la ventana caleidoscópica del espíritu, sino también la puerta, y en la cúspide de la experiencia cruzó el umbral, y entonces y sólo entonces, pudo *ver*. *Vio* que no había ni ventana ni puerta ni casa ni nada. *Vio* que todo era lo mismo.

En esta incursión náutica por la psiquis no encontró su reflejo, el de su yo, el de su ego, sino el de Todo. Todo su ego disuelto en Todo. Una nada que lo es Todo. Una mirada hacia adentro que le reveló... el infinito en Todo.

Su LSD, descubierta en la misma época de la bomba atómica, posee una fuerza similar a ésta, capaz de desintegrar los más acérrimos prejuicios. Uno de éstos, es aquel que parcializa nuestra mirada y en sí todo nuestro ser, al instaurarnos en la dualidad sin solución de continuidad. Un prejuicio reforzado por el sistema cultural occidental, cuyas raíces profundas se hunden en la historia, hasta la época de los presocráticos; y también en nosotros, a causa de la educación impartida por dicho sistema. De modo que no se trata de cualquier prejuicio, y la fuerza de su unión tiene, como ya se lo sugería, las proporciones atribuidas a los prejuicios en general por Albert Einstein, cuando decía: “¡Triste época la nuestra! Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.”

La LSD de Hofmann lleva consigo la marca del Espíritu. En el espíritu de su creador se había producido el vínculo con el corazón, pues las experiencias visionarias de su niñez habían fructificado, en una conciencia, *otra* conciencia, a cuya voz Hofmann le había dado eco. De tal manera que, en el momento en que tuvo ese “extraño presentimiento”, esa “corazonada”, no dudó en seguirla. Sólo una sustancia con tal sello podría desatar y disolver los más férreos prejuicios. Y sólo así podría desencadenarse la subsiguiente serie de hallazgos en el campo de los fármacos visionarios, algo a lo que el mismo Hofmann llamaría el “círculo mágico”.

EL CÍRCULO MÁGICO

El círculo se revistió de un color azul intenso, profundamente intenso en su núcleo.⁵ Palpitante. Azul palpitante que al ser traído a la luz, poco tardó en emitir y esparcir sus vibraciones fuera del laboratorio en el que fue descubierto. La LSD abrió el mágico círculo azul. Como bomba atómica, la fuerza de su explosión produjo una

⁵ El núcleo químico de la LSD es el indol. Un compuesto que es reconocido en el laboratorio por medio de un proceso de coloración, al reaccionar con un azul intenso a este proceso. Gracias a esto fue posible la elucidación de los principios activos de otras dos sustancias enteógenas de origen mexicano: el *teonanácatl* y el *ololiuqui*. Ello fue posible, ya que, debido a la investigación en los laboratorios Sandoz con el cornezuelo de centeno, este laboratorio era probablemente el único en el mundo que disponía del compuesto 4-hidroxi-indol, el cual era utilizado en la síntesis del ácido lisérgico (Hofmann et al., 1985: 61).

figura fúngica en la contracción de sus ondas, la cual fue *vista* a miles de kilómetros de distancia. Su explosión produciría un fuerte eco, que capturaría la atención de otros hombres que habían empezado a recorrer el camino azul.

Robert Gordon Wasson sería uno de ellos. Quien revelaría a la luz pública el culto sagrado a los hongos del México indígena, en un artículo publicado en la revista LIFE el 13 de mayo de 1957.⁶ Esto hacía parte de un fenómeno que había empezado a gestarse más o menos a mediados del siglo XIX. Pongamos en suspenso el “círculo mágico”, para ver la ciencia de la ebriedad.

LA CIENCIA DE LA EBRIEDAD⁷

La ciencia de la ebriedad comenzó a gestarse con tres publicaciones de estudios sobre plantas psicotrópicas. El primero de ellos fue de Olof Reinhold Alander (1739-1810), alumno de Carlo von Linné,⁸ cuyo título fue *Inebrantia*, publicado en latín en el año de 1761. Los dos siguientes estudios tuvieron su origen en Escocia y Alemania. El primero de ellos, *The Chemistry of Common Life*, apareció en Edimburgo en el año de 1855. Su autor, James F. Johnston. Poco después de la publicación de esta obra, tuvo lugar la del alemán Esnest Freiherr von Bibra, titulada *Die Narkotischen Genussmittel und der Mensch* (Las delicias narcóticas y el hombre).

Entre narcóticos (opio, haschisch) y estimulantes (tabaco, coca, café, entre otras), comenzaba el redescubrimiento científico de los enteógenos⁹ (la *Amanita Muscaria* fue uno de los enteógenos estudiados en las dos últimas obras mencionadas). Y así, la ciencia de la ebriedad le abría su lugar a la «farmacia celestial».¹⁰

⁶ Artículo disponible en: www.imaginaria.org/wasson/wasson.html.

⁷ Hago uso de esta denominación a partir del libro *Pharmacophilia o Los paraísos naturales* de Jonathan Ott, de modo que mucha de la información es tomada del mismo.

⁸ Carlos von Linné (1707-1778) fue un botánico sueco y es conocido como el padre de la taxonomía, debido a su sistema de clasificación de nomenclatura binomial.

⁹ Enteógeno es un neologismo acuñado por un grupo interdisciplinario de científicos que estuvo conformado por dos filólogos clásicos: Carl A. P. Ruck y Danny Staples, y dos enteobotánicos: Jeremy Bigwood y Jonathan Ott. Así, su significado literal es devenirse divino por dentro, partiendo del término griego que define la inspiración divina: ενθεοῦς (entheos). Para una explicación más detallada ver: Ott, Jonathan. *Pharmacophilia o los paraísos naturales*. Nota 10, p., 99 (su reseña bibliográfica completa se encuentra al final del artículo).

¹⁰ Concepto acuñado por Jonathan Ott en su libro *Pharmacophilia*, a raíz de un diálogo crítico con Baudelaire sobre los paraísos artificiales; título éste de un libro del famoso poeta francés, y con el cual hace referencia a los territorios de la ebriedad por él visitados. Así, el concepto de farmacia celestial se refiere a compuestos enteogénicos purificados, aislados, sintetizados y producidos en laboratorios.

El primer compuesto que tuvo un lugar en el *stand* farmacéutico fue la morfina, primer principio activo aislado de una planta, por parte de Friedrich Wilhelm Sertürner (1783-1841) entre los años de 1803 y 1805. Sin embargo, la morfina, en cuanto fármaco, no es considerada propiamente un enteógeno; es decir, una sustancia con virtudes visionarias; en cambio, en tanto planta, esto es, en su uso tradicional, posee la virtud de transportar el alma a estados oníricos, de otra índole, si no que lo diga el mismo Thomas De Quincey:

El comedor de opio (...) siente que en él predomina la parte más divina de su naturaleza: los afectos morales se encuentran en un estado de límpida serenidad y sobre todas las cosas se dilata la gran luz del entendimiento majestuoso (citado por Escohotado, 2005: 570).

Con tal concepción, la morfina podría ser incluida en la farmacia celestial. Aunque, por supuesto, existen diferencias cualitativas entre el fármaco y la planta. Pero constituye, de todos modos, el primer principio activo en forma pura. Mas no deteniéndonos en precisiones categóricas, el siguiente principio activo aislado de una planta que encaja con toda justicia en el *stand* de la farmacia celestial, es la mescalina: principio activo del cactus mexicano *peyotl* (nombre en náhuatl).

Louis Lewin sería quien llamaría la atención de la comunidad científica sobre el *peyotl*, al publicar en 1888 un texto sobre un alcaloide extraído del cactus, llamado *Anhalonin*. Sin embargo, éste es considerado una mezcla impura de alcaloides. Sería el químico alemán Arthur Heffter quien por la vía del bioensayo lograría, tras el aislamiento de cuatro alcaloides puros del cactus (Anhalonin, Anhalonidin, Lophophora y Mezcalin), determinar la mescalina como el alcaloide responsable de sus efectos visionarios. De esta manera, el químico alemán le abriría la puerta a los bioensayos psiconáuticos, al ser el primero en emplearlos en la búsqueda fitoquímica de un principio activo específico. Por tal motivo, este proceso de bioensayo recibió el nombre de «Técnica Heffter». La misma técnica que emplearía Albert Hofmann “para ir al fondo de la cuestión”, esto es, de si era la LSD la sustancia que le había provocado el “estado de embriaguez no desagradable” (Hofmann, 1997:30).

De esta forma, retornamos al “círculo mágico” deshaciendo el paréntesis que lo mantenía en suspenso; porque ahora veremos cómo el descubrimiento de Hofmann fortalecería la ciencia de la ebriedad, ampliando la farmacia celestial.

LOS HILOS QUE TEJEN LA VIDA: RETORNO AL CÍRCULO MÁGICO

En el mismo año en que Hofmann sintetizó por primera vez la LSD (1938), Richard Evans Schultes obtendría los primeros especímenes del *teonanácatl*¹¹ de manos de un indígena mazateco en Huautla de Jiménez. Al año siguiente publicaría su hallazgo: *Plantae Mexicanae II: The identification of Teonanacatl, a Narcotic Basidiomycet of the Aztecs*.

En el mismo año en que pudo recolectar los hongos sagrados, emprendió nuevamente una expedición por el sur de México, en busca del *ololiuqui*, la enredadera de la serpiente; y su expedición dio frutos en el pueblo chinanteca-zapoteca de Santo Domingo Latani, en el distrito de Choapán. Allí pudo recolectar especímenes de una enredadera que se extendía sobre la casa de un viejo curandero, quien se sostenía gracias a la venta de las semillas de dicha planta.¹² Con ello pudo lograr también la identificación de esta planta sagrada para los aztecas.

No obstante, sus publicaciones no tuvieron mayor repercusión, debido a que Schultes, por ese entonces, apenas comenzaba su carrera como explorador botánico; pero el silencio en que permanecieron sus hallazgos tuvo su verdadera razón en el estrepitoso ruido de la segunda guerra mundial. Y sería sólo tras el final de ésta que sus investigaciones tendrían eco en el espíritu de otros hombres que andaban por un camino paralelo.

Robert Graves, por casualidad, leería la publicación de Schultes sobre la identificación del *teonanácatl*. Le escribiría entonces una carta a Robert Gordon Wasson, en la que

¹¹ Teonanácatl es el nombre azteca para los hongos enteogénicos. Su significado literal vendría siendo *carne de los dioses*. Sobre él se tuvo noticia a partir de diferentes cronistas españoles. Por mucho tiempo su identificación botánica estuvo indeterminada; pero el interés por esto renacería gracias al error de un reconocido botánico norteamericano: William E. Safford, quien argumentaba que los cronistas españoles estaban equivocados y que en realidad el *teonanácatl* se refería a las cabezas disecadas de los peyotes. Schultes iniciaría su pesquisa al encontrarse con una curiosa nota de un tal Blas Pablo Reko, dirigida al director del herbario nacional de los Estados Unidos, adonde había ido Schultes a estudiar los especímenes de peyote conservados, en la que al final de la misma decía: “De paso veo en su descripción de la *Lophophora* que el doctor Safford piensa que esta planta es el *teonanácatl* de Sahagún, en lo cual está ciertamente equivocado. En realidad es, como declara Sahagún, un hongo que se da en el estiércol, y que todavía lo usan bajo el mismo nombre los indios de la Sierra Juárez, en Oaxaca, durante sus fiestas religiosas” (Davis, 2005: 112). Así comenzaría Schultes el camino hacia la identificación del *teonanácatl*.

¹² Esta historia está conectada con la anterior del *teonanácatl*, pues el botánico norteamericano William Safford también se equivocó en su identificación, partiendo básicamente del mismo argumento empleado en el caso del *teonanácatl*. Que los cronistas españoles habían sido engañados por los indios. Para más detalles, ver: Davis (2005: 108-142).

le llamaba la atención sobre dicho estudio. Al mismo tiempo, Wasson recibiría un dibujo de Giovanni Madersteig, su tipógrafo, en el que mostraba un hongo piedra procedente de América Central. Todo esto pondría a Wasson en el camino *azul* del hongo sagrado.

Emprendería entonces una serie de expediciones a tierras mazatecas, dando como resultado su participación activa en una velada en la que él y su fotógrafo Allan Richardson consumirían los hongos guiados por una curandera impecable: María Sabina. Por esto, ellos se convirtieron en los primeros extraños que consumían los hongos en un contexto sagrado. Tras lo cual, el etnomicólogo neoyorquino los daría a conocer en Occidente con la publicación en la revista LIFE, del artículo antes mencionado.

Wasson se asociaría con Roger Heim, por entonces director del Museo de Historia Natural de París, un conocido y experto micólogo, quien tras viajar con Wasson a México, recogió muestras de los hongos que llevaría a París, donde podría cultivarlos, y a partir de los cuales empezarían a buscar la forma de aislar y sintetizar los principios activos. Al no obtener resultados satisfactorios en los laboratorios a los que enviaron las muestras, decidieron intentarlo con los laboratorios Sandoz, donde trabajaba Hofmann, quien aceptaría con gusto.

Tras resultados infructuosos en pruebas con animales, Hofmann optó por hacer la prueba él mismo, “dado que no es posible que un investigador transmita un autoensayo a otra persona, si lo necesita para sus propias investigaciones y además encierra determinados riesgos” (Hofmann, 1997: 129).

Por esta vía, Hofmann comprobó la psicoactividad de los hongos disecados, tras casi disolverse en un torbellino de imágenes y formas pintorescamente mexicanas. De esta manera no sólo comprobó su actividad, sino también la efectividad del bioensayo como vía de exploración y conocimiento. Pues tras estos resultados, continuaron su búsqueda de los principios activos de los hongos por medio de esta vía, con los colaboradores de Hofmann, como conejillos de indias. Y así, por dicha vía, lograron lo que buscaban: la síntesis y aislamiento de los principios activos, llamados psilocibina y psilocina. Estos dos compuestos están emparentados con la LSD, en tanto pertenecen a la familia de los derivados indólicos e intervienen en distintos órganos en los que está involucrada la serotonina, al igual como lo hace la

LSD. En pocas palabras, los principios activos de los ‘hongos mágicos’ son parientes cercanos del ‘niño problemático’ de Hofmann.

Así, dos nuevos compuestos se añadían a la farmacia celestial. Dos compuestos que salieron a la luz, gracias a la irradiación de la LSD, cuyo núcleo indol no paraba de irradiar su luz azul. Hofmann se asociaría con Wasson, con el propósito de hallar la solución al misterio de la ‘enredadera de la serpiente’: el *ololiuqui*. Wasson le enviaría las semillas sobre las cuales trabajaría.

Como hipótesis de trabajo para aislar los principios activos, propusieron que éstos podían pertenecer a la misma clase de los hongos y la LSD, esto es, derivados del indol. Para ello, emplearon un método de coloración con el cual se determinan si hay trazas de este tipo de compuestos o no, por el intenso color azul, característico de los índoles, que aparece al aplicar dicho método.

Y, en efecto, el núcleo azul seguía irradiando su luz. Los principios activos del ololiuqui no sólo pertenecían a esta clase de compuestos químicos, sino que además su parentesco con la LSD era todavía más estrecho que el de los hongos. Pues, una vez llevado a cabo todo el proceso de asilamiento y síntesis, se encontraron con la sorpresa de que los principios activos de la enredadera de la serpiente eran la amida del ácido lisérgico, la hidroxietilamida y otros alcaloides químicamente muy emparentados con éstos, como la ergobasina, cuya síntesis había representado para Hofmann el punto de partida de las investigaciones con el cornezuelo de centeno (Hofmann, 1997: 141).

Con este hallazgo el ‘círculo mágico’ tomó su forma completa, irradiando desde su interior el camino azul indólico. Y un nuevo compuesto enteogénico engrosaba el *stand* de la farmacia celestial.

Como hemos visto, el ‘círculo mágico’ de Hofmann fue la reacción en cadena desatada al encontrar la clave que le permitió abrir la ventana caleidoscópica del espíritu. Sin embargo, la clave estuvo rodeada por dos circunstancias que permitieron llegar a ella. Su corazonada y el bioensayo, también conocido como técnica Heffter, quien publicó un trabajo definitivo sobre sus bioensayos psiconáuticos en el año de 1898.¹³

¹³ «Über Pellote. Beiträge zur chemischen und pharmakologischen Kenntnis der Cacten. Zweite Mittheilung». *Archiv für Experimentelle Pathologie und Pharmakologie* 40: 385-429, 1989. Referenciado por Ott (1998: 121).

CAMINOS PARALELOS

1898. Mientras Edmund Husserl elaboraba sus *Investigaciones Lógicas*, se vio sacudido tan profundamente por una intuición que, a partir de entonces, dedicó toda su vida de trabajo a una elaboración sistemática que diera cuenta de la *comprensión* alcanzada en tal intuición (Husserl, 1991: 175).

Así nacía la fenomenología. La intuición: el a priori universal de correlación entre el hombre y el mundo. En otras palabras, Husserl *comprendió* intuitivamente la unidad indisoluble entre ambos. Tal intuición se le presentó con tanta evidencia que a las intuiciones de este tipo les otorgó el derecho por principio del conocimiento.¹⁴ Mas un conocimiento de otra índole; uno primordial, originario. Para llegar a él, labró un camino (método) con pretensiones universales, por medio del cual todos pudiéramos acceder a este tipo de conocimiento. Para ello, se requiere dar un paso crucial: detener el mundo; ponerlo en suspenso. Un paso que recibe el nombre de epojé trascendental.

La epojé es un acto que procura trascender el flujo habitual de nuestra vida cotidiana, en la que convalidamos un mundo determinado culturalmente por la dualidad. En tal medida, dicho acto libera nuestra mirada “de la ligazón interna más fuerte y más universal y, en esta medida, más oculta, a saber: (...) de aquella ligazón de la dación previa del mundo. Con y en esta liberación está dado el descubrimiento de la correlación universal, absolutamente cerrada en sí y absolutamente autónoma, entre el mismo mundo y la consciencia del mundo” (Husserl, 1991: 159).

Esto representa el comienzo del método fenomenológico. Primero, tomamos consciencia del mundo de nuestras preocupaciones diarias, uno regido por la dualidad, con la cual vivimos y damos por supuesta. Luego, realizamos un acto trascendental, con el cual liberamos nuestra mirada para *ver* el mundo en su ligazón indisoluble. Esto abre un nuevo campo de experiencias, en tanto nuestra mirada ha sido reorientada. Reorientación que “transforma la infinitud de la experiencia real y posible del mundo en la infinitud de la «experiencia trascendental» real y posible en la que, en primer término, se experimenta al mundo y a su experiencia natural como «fenómeno»” (Husserl, 1991:161). Con este acto nos hemos instaurado en el reino de las esencias.

¹⁴ “... Toda intuición en que se da algo originariamente es un fundamento de derecho del conocimiento” (Husserl, 1995: 58).

Hasta aquí hemos llegado siguiendo las primeras señales en el camino, indicadas por Husserl. Un camino que el filósofo alemán pudo *ver*; gracias a la intuición originaria que le devino en aquel momento, alrededor de 1898. El año en que Heffter publicó un resumen de sus bioensayos psiconáuticos con los alcaloides del peyote. Experiencia con la cual abriría la farmacia celestial, al hallar que la mescalina era el principio activo visionario. Trazando con ello un camino que le serviría a Hofmann para descubrir la LSD al seguir su corazonada, ese “extraño presentimiento” de que su compuesto número veinticinco tenía *algo más*.

Un camino por el que Hofmann seguiría andando, descubriendo en él los principios activos del *teonanácatl*, el hongo sagrado mexicano. Un camino poblado de experiencias y conocimientos de *otra* índole, un conocimiento originario, primordial, que lo llevaría hacia *otra visión* del mundo, en cuyo núcleo se encuentra “la vivencia del entrelazamiento indisoluble de lo físico y lo psíquico” (Hofmann, 1997: 201). A lo cual él denomina “la adquisición principal”, que obtuvo con sus experimentos de LSD en el terreno de los conocimientos. Esto quiere decir que Hofmann logró liberar su mirada y *ver* la unidad indisoluble esencial entre el hombre y el mundo. De la misma forma como Gordon Wasson expresó su experiencia extática con los hongos sagrados: “Allí estaba yo, suspendido en el espacio, un ojo incorpóreo, invisible, intangible, observando sin ser visto” (citado en Ott, 1996: 54). Con esto, él hace referencia a un tipo particular de experiencia en la cual la mirada también ha sido liberada, gracias a un enteógeno. El catalizador de una experiencia: la experiencia de la ebriedad.

La ebriedad. He aquí el puente que va a unir dos caminos aparentemente opuestos, pero que, como hemos visto, iban paralelos al cauce del río, cuya fuente de nacimiento había sido la misma en ambos: el corazón. Veamos entonces qué es la ebriedad. Para ello, escuchemos a Christian Rátsch, quien hace un comentario sobre la misma, en un artículo titulado *Bewußtsein durch Zuberpflanzen* (La conciencia a través de las plantas mágicas):

Kommentar zum «Rausch»

Der Rausch ist die Regenbogenbrücke zwischen dem Inneren und Äußeren, zwischen Mensch und Natur, zwischen Glückseligkeit und Schrecken, zwischen Wohl und Übel. Er ist die Schnittstelle zwischen Denken und Fühlen, zwischen Vernunft und Torheit, zwischen Genie und Wahnsinn, zwischen Schwachsinn und Brillanz. Der Rausch kann wie ein Brillant funkeln und wie eine vampirische Fledermaus das Herz erschüttern.

Es gibt kein «gut» und «böse», deshalb auch keine «guten» oder «schlechten» Rausche. Es gibt nur eines: Der Rausch ist ein Lehrer, facettiert wie das Auge eines Insekts. Er kann verführerisch, beseelend, betäubend, ekstatisierend, terrifizierend sein. Auf jeden Fall ist der Rausch etwas essentiell Menschliches, oder wie man mit Nietzsche sagen könnte: «Allzumenschliches».

Der Rausch gehört zum Leben wie das Leben selbst. Er ist für jeden ein wichtiger Urgrund zu Lebensglück, kann aber auch zur «Hölle» werden. Der Rausch ist wie ein Messer, gut um eine Stulle zu schneiden aber man kann sich an ihm selbst schneiden. Er ist die Schnittstelle zwischen Schaden und Nutzen. Es kommt auf den Gebrauch an, sonst nichts.¹⁵

Rätsch nos proporciona una buena ilustración, suficiente como para generar la intuición acerca de la ebriedad y tener más o menos una idea de qué se trata este particular estado de consciencia, facilitado por los enteógenos.

Es un estado de consciencia; es una experiencia. Una experiencia de otra índole. Es la experiencia que como “puente de arco iris” une los caminos hasta aquí bosquejados: el fenomenológico y el psiconáutico o del bioensayo.¹⁶ Equiparamos el bioensayo con la exploración psiconáutica, porque en el terreno que nos estamos moviendo, el de los enteógenos, lo que se abre ante nosotros es un universo psíquico dentro del cual se navega como si se tratase de un territorio completamente desconocido. Aunque suene curioso (o por lo menos así me suena a mí), tal vez paradójico, se diría que más bien ello no es más que una de las tremendas repercusiones que sobre el ser humano ha tenido la dualidad instaurada en nuestro ser en el mundo.

De modo que, el bioensayo, en tanto vía de conocimiento, es en esencia una exploración psiconáutica, razón por la cual, a mi juicio, se mueve en el mismo terreno de la fenomenología o viceversa. Pues ésta opera una modificación de la

¹⁵ Comentario a la «ebriedad».

La ebriedad es el puente de arco iris entre el interior y el exterior, entre el hombre y la naturaleza, entre la felicidad y el temor, entre el bien y el mal. Ella es la interface entre el pensamiento y el sentimiento, entre la razón y la irracionalidad, entre el genio y la locura, entre la imbecilidad y la brillantez. La ebriedad puede resplandecer como un brillante y conmovier el corazón como murciélago vampiro.

No hay «bien» ni «mal», por ello tampoco ebriedad «buena» o «mala». Sólo hay una: la ebriedad es un maestro, multifacética como el ojo de un insecto. Ella puede ser seductora, (beseelend), anestesiadora, extasiante, terrorífica.

En todo caso la ebriedad es algo esencialmente humano, o como se diría con Nietzsche: «demasiado humano».

La ebriedad pertenece a la vida como la vida misma. Ella es para cada quien una importante razón primordial para la felicidad de la vida, aunque también puede llegar a ser el «infierno». La ebriedad es como un cuchillo, bueno para cortar una rodaja, pero uno mismo se puede cortar con él. Ella es la interface entre el perjuicio y el beneficio. Depende del uso, nada más. (Disponible en www.christian-raetsch.de/Artikel).

¹⁶ El término psiconáutico fue acuñado por Ernst Jünger, en una bella descripción del acercamiento a través de la ebriedad a los territorios azules de la psique (Jünger, 2000: 286-292).

conciencia (asimilable a la provocada por los enteógenos) en el acto de suspender nuestro juicios, reorientando nuestra mirada, con el fin, precisamente, como ya se lo ha expresado, de liberarla de aquella fuerte ligazón constituida en la actitud natural dualista, para así alcanzar la experiencia del a priori de correlación o, mejor dicho, de la unidad indisoluble entre el hombre y el mundo.

Es así como una vez al ‘otro lado del espejo’, por la vía del bioensayo psiconáutico o de la epojé trascendental, echamos una mirada hacia adentro, viendo en el reflejo no a nuestro ser individual, sino el mundo y la vida enteros. Porque allí, cual ‘ojos incorpóreos, viendo sin ser vistos’, descubrimos que no hay diferencia alguna entre el yo y el mundo; que todos estamos hechos de lo mismo; que somos una sola cosa. Y entonces, sólo entonces, podamos tal vez empezar a *ver* y *experimentar* el “mundo más como energía (o espíritu) que como materia (Ott, 1998: 142).

A nuestro regreso, nuestra reflexión, nuestro interés, nuestra visión del mundo ha de lograr entonces otro *sentido*. Uno cuya fuente no ha sido otra más que una primordial: la experiencia. La cual le conferirá consistencia a nuestro *lenguaje*. *El lenguaje de la vida*.

De esta manera, el puente de arco iris entre los dos caminos da como resultado el bioensayo fenomenológico, como una vía de exploración psiconáutica en los territorios de la unidad, en la cual podremos tener acceso a ese conocimiento primordial que *siempre ha estado ahí*, unas veces oculto, otras olvidado.

Los enteógenos y la experiencia a que dan lugar son la interface entre el bioensayo y la fenomenología. Ellos

...no son más que una llave, como la liturgia, las enseñanzas tradicionales, o cualquier aspecto de tecnología espiritual... que ayuda a olvidar los malos hábitos de la mente, *a redescubrir dentro de uno lo que siempre se ha sabido que estaba allí*. Los enteógenos son sin duda la ayuda espiritual más eficaz, arcaica, tradicional y pangéica de las conocidas (Ott, 1998: 142-143) (La cursiva es mía).

BIBLIOGRAFÍA

- Davis, Wade. (2005). *El Río. Exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica*. 1 reimp. de la 2 ed. Bogotá: FCE.
- Escohotado, Antonio. (2005). *Historia general de las drogas*. 7 ed. Madrid: Espasa Calpe.
- Hofmann, Albert. (1997). *LSD. Cómo descubrí el ácido y qué pasó después en el mundo*. 3 ed. Barcelona: Gedisa.
- Hofmann, Albert et al. (1985). *Teonanacatl. Hongos alucinógenos de Europa y América del Norte*. Madrid: Editorial Swan, 1985.
- Husserl, Edmund. (1991). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona: Crítica.
- _____. (1995) *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. México: FCE.
- Jünger, Ernst. (2000). *Acercamiento. Drogas y ebriedad*. Barcelona: Tusquets.
- «LSD: Completely personal». Speech delivered to the 1996 Worlds of Consciousness Conference in Heidelberg, Germany. Translated from the original German (LSD Ganz Persönlich) by J. Ott.
- MAPS (Multidisciplinary Association for Psychedelic Studies). (1996). *Bulletin*, VI(3), 46-52. Disponible en: www.MAPS.org/Bulletins.
- Océano. *Langenscheidt*. Compact Diccionario Didáctico Alemán.
- Ott, Jonathan. (1996). *Pharmactheon: Drogas enteogénicas, sus fuentes vegetales y su historia*. Barcelona: Liebre de Marzo.
- _____. (1998). *Pharmacophilia o los Paraísos naturales*. Barcelona: Phantastica.
- Rätsch, Christian. *Bewußtsein durch Zuberpflanzen*. Disponible en: www.christian-raetsch.de/Artikel.